

la usura? Porque tiene en sí misma algo de inicuo; y los profetas llegan hasta á ponerla al nivel de la violencia y el asesinato. Verdad es que estaba permitida la usura respecto del extranjero; pero esta diferencia entre el hermano y el extranjero era una de aquellas cosas que, como el divorcio, había Dios concedido y tolerado al antiguo pueblo á causa de la dureza de los corazones; porque los Judíos no comprendían la fraternidad del género humano, y consideraban á todos los extranjeros como inmundos y dignos de odio; y si su legislador alimentó en ellos esta aversión, fué á fin de alejarlos de la idolatría de los extranjeros.

Los cristianos han creído siempre que la prohibición de la usura entre Israelitas se convirtió en una obligación general bajo la ley evangélica. Todos los Padres la condenan. Lactancio resume la doctrina cristiana en pocas palabras: determina que la usura es todo lo que excede de lo que se ha prestado, y hace ver que el discípulo del Cristo, que debe estar dispuesto á dar de lo suyo, no debe tener dificultad en no exigir más de lo que dé. La opinión de los Padres latinos es tanto más autorizada cuanto las leyes romanas permitían la usura; existía, pues, una usura legítima, lo cual no impidió á San Agustín condenarla como el asesinato de los pobres, mostrando con esto al cristiano que debe regir su conciencia por otras leyes que las civiles. Lo mismo hicieron los concilios. Se ha pretendido que las leyes de la Iglesia no prohibían la usura sino á los clérigos, obligados por su estado á mayor perfección; pero no le cuesta á Bossuet trabajo de mostrar que el espíritu de los cánones no es prohibir á los clérigos la usura, en el sentido de que la permitieran á los laicos, sino dictar una pena contra los clérigos que practican una cosa mala de suyo y prohibida por la ley de Dios. Los testimonios aducidos por Bossuet no dejan lugar á duda: baste citar las palabras del papa San León, el cual dice en términos explícitos que la usura prohibida á los clérigos está prohibida por la ley de Dios á todos los cristianos, y que los cristianos no deben esperar otro provecho de los préstamos que hacen que la recompensa eterna.

Esa es la doctrina del Evangelio. Dejemos á un lado los textos sobre los cuales hay siempre medio de sofisticar; el espíritu evangélico es tan claro, que es para los cristianos vergonzoso desconocerlo. ¿No tiende el Evangelio á perfeccionar

la ley antigua en todo lo que concierne á las costumbres? ¿Y no toca la prohibición de la usura á la perfección de las costumbres? Si afecta á las costumbres, si procura además la perfección de la justicia, prohibiendo recibir más de lo que se da, si corresponde á la fraternidad que debe existir entre los que son juntamente hijos de Dios, ¿cómo no se avergüenzan los cristianos de practicar la usura, cuando no se la permitían los fariseos respecto de sus hermanos? Si la ley de Dios prohibía la usura entre Israelitas porque eran hermanos, preciso es decir que después de la venida de Jesucristo está prohibida respecto de todos los hombres, pues que el Hijo de Dios nos ha enseñado que todo hombre es nuestro prójimo, hasta el Samaritano, es decir, el más aborrecible de los extranjeros.

La doctrina que afirma que la usura está prohibida respecto de todos los hombres está, pues, fundada en el espíritu de la nueva ley, y se apoya además en pasajes explícitos de la Escritura, entendidos unánimemente en este sentido por los Padres y por la tradición; luego es de fe, según las reglas consagradas por el concilio de Trento. Esta es la opinión de todos los teólogos católicos, y sólo los que desprecian la tradición y los decretos de la Iglesia se atreven á sostener la legitimidad de la usura; es decir, que esta opinión es una herejía. Sólo queda una objeción, pero no corresponde á los católicos hacerla. Se dice, en efecto, que la prohibición de la usura es una invasión en el derecho que tienen los Estados de regular los negocios del comercio; mas Bossuet responde que es seguir la inspiración de los herejes negar á la Iglesia el poder de decidir en una materia que está prevista por la ley de Dios.

Bossuet admite la conducta del Espíritu Santo, que ha dictado las decisiones de los concilios y de los papas relativas á la usura; mas los jesuitas no han debido hallar tan admirable la previsión del Espíritu Santo, pues que se han ingeniado para buscar medios con que eludir la prohibición de la usura. Conocido es el sarcasmo con que trata Pascal del contrato Mohatra. Los jesuitas tratan al Espíritu Santo con cierta caballerosidad, lo reconocemos; pero si se concibe que eludan las leyes humanas, lo cual se hace en toda conciencia, pues que se hace en nombre de Dios, ¿cómo intentar ardidés contra el Espíritu Santo? ¿Es permitido engañar á Dios en nombre de Dios? Hay, sin embar-

go, que ser justos: el verdadero culpable no es la Compañía de Jesús, sino el Espíritu Santo. Bossuet mismo va á demostrárnoslo. En la asamblea general del clero de 1700 propuso el ilustre obispo la censura de las aberraciones de los casuistas que, en su indignación, trataba de *inmundicios*. Entre estos funestos errores señaló la doctrina de los reverendos padres sobre la usura, y no le fué difícil probar que las decisiones de los concilios, de los papas, de todos los Padres, de las facultades de teología, y en particular de la asamblea de 1655, no permitían dudar de la ilegitimidad del préstamo á interés. Los jesuitas, acostumbrados al fraude, habían imaginado contratos simulados para eludir la prohibición. Estas simulaciones juegan hoy un gran papel en la doctrina y en la práctica de los conventos. Bossuet las vitupera enérgicamente, las trata de fraudulentas. Pero ¿cuál es la conclusión? ¿Iba á condenar la asamblea del clero á los que, violando la ley de Dios, prestan á usura? Se guardó bien de hacerlo. ¿Y por qué? “No se debía, dice Bossuet, extremar el celo pronunciando la censura contra los contraventores á causa de su gran número, y era el caso de observar la regla de San Agustín: hay que ser severo con los pecados del pequeño número,” (1).

¿Qué de enseñanzas encierran esas palabras! La regla de San Agustín es tan inmoral como la moral de los casuistas. ¿Pecáis solo? la Iglesia os castigará con rigor; ¿tenéis centenares ó millares de cómplices? la Iglesia hará la vista gorda. Llámesse esto en buen hora política, no será ciertamente moral. Mas ¿ese pecado universal era realmente un pecado? Había, es verdad, violación de una supuesta ley divina, y la violación era tan general, que no había ya, por decirlo así, excepción ni aun en el seno de la Iglesia: los papas han pasado siempre, por lo menos en los tiempos en que tenían dinero, por los primeros usureros del mundo; hoy tienen que contentarse con tomar dinero á interés, y se consideran dichosos si hallan prestamistas, aunque sea á un interés usurario. ¿Cosa digna de notarse! La Iglesia de Francia, que condenaba la usura, hacía públicamente préstamos á usura; y hoy una gran parte de las rentas de la Iglesia consisten en intereses. ¡Admiremos, pues, á esa bue-

(1) *Procès-verbaux de l'assemblée de 1700* (Bossuet, *Œuvres*, tomo VIII, p. 511.)

na madre y al Espíritu Santo que la inspira! ¡Ella ha enseñado siempre que el préstamo á interés es un asesinato, y ella misma se cuenta entre los asesinos! ¡Ella es infalible cuando interpreta la Escritura, cuando decide cuestiones de moral, y ha decidido mil veces que la usura está prohibida por la ley de Dios, y es la primera en violarla! La Iglesia guía á la sociedad por el camino de la salvación, esa es la fórmula; y esta sociedad no podría subsistir veinticuatro horas si obedeciera á las leyes de la Iglesia. ¡Extraña guía! Esta absoluta imposibilidad de aplicar en las sociedades modernas una ley que pasa por la palabra de Dios, ¿no debiera abrir los ojos á los que creen todavía en una palabra divina, expresión de la verdad eterna? La verdad existe, pero en Dios; los hombres no la poseen jamás; y cuando les ocurre atribuir á Dios una ley que es en realidad de creación humana, no hacen otra cosa que imputar sus errores y sus preocupaciones á la divinidad.

III.

Hé ahí lo que la Iglesia y la sociedad piensan respecto de las necesidades físicas: la oposición entre el dogma y la vida es absoluta. Mas el cuerpo es el órgano del alma; los bienes de la tierra, el comercio y la industria que los explotan, son instrumentos que Dios da al hombre para el ejercicio y desarrollo de sus facultades. Si la Iglesia no quiere el medio, ¿cómo ha de lograr el fin? ¿Qué es, en su espiritualismo excesivo, el desarrollo intelectual? Y si la inteligencia sufre, ¿no falta el fundamento de la moralidad? ¿Puede el hombre cumplir su deber cuando no lo conoce? ¿Es un ser moral la máquina obediente? Tantas blasfemias como cuestiones, si hemos de creer á los defensores del catolicismo. Según ellos, la ciencia y el arte han encontrado siempre un protector en la Iglesia; ¿qué digo? la Iglesia ha sido la nodriza de la inteligencia, y cuanto hay de bello y de grande en nuestra civilización se debe á su iniciativa. Pongamos los hechos frente á estas soberbias pretensiones, y los hechos probarán que esa es una de las falsedades que inventan los católicos para defender su causa. ¿Es ceguedad? ¿Es cálculo? El lector decidirá.

Los católicos invocan hoy las palabras de Jesucristo como una autoridad divina que ha investido

á la Iglesia del poder exclusivo de la enseñanza. En efecto, el Cristo es un doctor, pero los Santos Padres nos dicen que es doctor de humildad; y si dió á sus apóstoles la misión de predicar una doctrina, esa fué. Poseemos las epístolas que los discípulos de Jesucristo dirigieron á la cristiandad nascente: ¿qué le predicaban? El desprecio de la sabiduría humana, la locura de la cruz. ¿Qué piensan los Padres de la Iglesia de la ciencia tan ponderada de Grecia, de la filosofía? Los más lógicos la execran como obra del demonio, ó á lo menos la rechazan como inútil, habiendo reemplazado la palabra de Dios las vanas especulaciones del hombre: ¿de qué sirve Platón después del Cristo? Los más favorables á la filosofía no ven en ella sino una preparación del Evangelio; y si la mantienen, es como sierva de la teología. Ahora bien, ¿qué es la filosofía cuando se le quita la libertad de pensar? Una irrisión. Hé ahí el verdadero cristianismo. La edad media era, pues, verdaderamente cristiana cuando lo subordinaba todo á la teología. ¿Hay necesidad de decir lo que fué de la ciencia bajo ese régimen? ¡Cosa notable! Los defensores de la Iglesia le atribuyen el honor del movimiento científico, que es una de las glorias de nuestra civilización, al propio tiempo que celebran la edad media como la edad cristiana por excelencia. Pero ¿cómo llama la historia los largos siglos que se suceden entre la decadencia de la antigüedad y el renacimiento de las letras? Siglos de tinieblas. ¿Se inspiró acaso el Renacimiento en el cristianismo? Homero y Platón sustituyeron al Evangelio, y sus tendencias fueron anticristianas, hasta el punto de que pasaron por cima de la Reforma para darse la mano con el siglo XVIII. Entre esas épocas igualmente fatales para la Iglesia hay un siglo que los católicos se complacen en reivindicar para la religión, el siglo de Luis XIV, edad literaria que no ha sido todavía igualada y edad profundamente religiosa. Ya hemos mostrado las ilusiones y los errores en que incurren los partidarios de lo pasado al apreciar el siglo XVII. Oigamos á los genios más eminentes de la época: Bossuet, Nicole, Saint-Cyran nos dirán lo que se debe pensar respecto de la alianza entre la filosofía y el cristianismo.

Saint-Cyran pone la ciencia al nivel de las riquezas y de los bienes de la tierra, y con eso está dicho todo para un cristiano. Hé aquí el comentario de Nicole: "Desear la gloria y la reputación y

los talentos del espíritu que sirven para alcanzarla no es un deseo menos carnal que desear los placeres del cuerpo, porque esos objetos no constituyen tampoco nuestro verdadero bien. No tolera más Dios que dividamos nuestro corazón entre Él y la fama que dividirlo entre Él y los placeres del cuerpo." (1). ¿Qué piensan sobre esto los hombres de ciencia? ¿Se sentirán halagados al ver asimilada á la glotonería la pasión del saber, y comparados sus rudos trabajos y sus vigias con los banquetes, las fiestas y los bailes? ¿Es rebajando el amor de la ciencia al nivel de un grosero placer como favorece la Iglesia el desarrollo científico? Y no es esta todavía la última palabra de los pensadores cristianos. Si la ciencia se asemeja á los bienes de la tierra, ¿no será preciso decir que es el demonio quien la inspira y quien reina en ella? "Yo no sé, dice Saint-Cyran, qué malignidad secreta hay en todos los libros; pero yo no veo apenas un hombre que se aproveche de ellos y no se haga más vano y engreído al leerlos." Nicole nos explica la fuente de esta malignidad: "La mayor parte de los discursos de los hombres tienen el demonio por principio, no siendo sino efusiones del error y del orgullo y de otras pasiones que el demonio les ha inspirado: están, pues, naturalmente envenenados. Saint-Cyran no leía jamás los libros de los herejes sin haber antes hecho los exorcismos de la Iglesia, porque decía que habían sido hechos por el espíritu del diablo. Pero ¿no proceden de la misma fuente todos los libros de los paganos y los mismos de la mayor parte de las gentes que escriben dentro del cristianismo? El diablo es el autor más eminente y el más grande escritor del mundo, como el más grande hablador, pues que tiene parte en los más de los escritos y de las palabras de los hombres." (2). Hé ahí que lee á Platón creyendo leer un sublime filósofo; pero nada de eso, es una obra del diablo. Homero os encanta, Virgilio os seduce, y son, en efecto, seductores, porque son agentes de Satanás. ¿Es ese el curso de literatura que se profesa en los seminarios? Brilla, á lo menos, por una gran sencillez. ¿Es eso también lo que piensa la humanidad moderna? ¿Es eso lo que piensan los cristianos, y entre ellos los ungidos del Señor? Cuando, hace algunos años, denunció un honrado abate la literatu-

(1) SAINT-CYRAN, *Lettres chrétiennes*, t. I, p. 253. — NICOLE, *Essais de morale*, t. XII, p. 66.

(2) SAINT-CYRAN, t. II, p. 420. — NICOLE, t. XII, p. 343.

ra antigua como el gusano roedor de nuestra sociedad, ¿no se vió á los obispos tomar la defensa de Homero y de Virgilio? Los sentimientos verdaderamente cristianos han llegado á ser tan extraños para los que se creen cristianos y aun para los principes de la Iglesia, que ya no los comprenden.

Lo que consideráis como sentimientos cristianos, se dirá, no son sino exageraciones de sectarios: el cristianismo no es el jansenismo. Podríamos responder, y ya lo hemos probado en otra parte (1), que los jansenistas fueron los últimos cristianos, los verdaderos discípulos de San Pablo. Pero dejémoslos á un lado y oigamos al hombre á quien se ha llamado el último Padre de la Iglesia. ¿Qué piensa Bossuet de la ciencia? "Tres clases de hombres, dice San Bernardo, buscan la ciencia desordenadamente. Los hay que quieren saber, pero sólo por saber: esto es una mala curiosidad. Los hay que quieren saber, pero que se proponen por fin de sus grandes y vastos conocimientos darse á conocer y hacerse célebres: esto es una vanidad peligrosa. Y, en fin, los hay que quieren saber, porque no desean tener ciencia sino para traficar con ella y amontonar riquezas, lo cual es una vergonzosa avaricia. Todos tres corrompen la ciencia y por la ciencia son corrompidos. Considera la ciencia de esas tres maneras, ¿qué otra cosa es que una pésima ocupación que trabaja á los hijos de los hombres como dice el Eclesiastes?"

En una forma más templada, el pensamiento de Bossuet es el mismo que el de Nicole. Esa *vana curiosidad*, esa *codicia*, ¿qué son sino inspiración del demonio? Ahora bien, ¿no tiene la ciencia otros móviles que esos? Se vitupera como una culpable curiosidad el amor de la ciencia por la ciencia. ¿Cuál será, pues, el móvil del que consagra su vida entera al trabajo intelectual? Se le prohíbe también la ambición y hasta la retribución de sus fatigas; ¿qué le quedará? Le quedará la ciencia como sierva de la religión, como preparación al catecismo ó como su comentario; y toda vía cuanto menos se adquiera, será mejor. La fe y la humildad, hé ahí la ciencia del cristiano: *Se debe saber tanto como es necesario para orar bien y humillarse verdaderamente* (2). Tal es la última palabra del cristianismo sobre la ciencia. ¿Es esa tam-

bién la última palabra de la humanidad? Hace largo tiempo que la Iglesia y la ciencia se han divorciado, ó, por mejor decir, no ha habido jamás unión, porque la ciencia es el libre pensamiento, y el libre pensamiento es el enemigo mortal de la Iglesia. Y, sin embargo, la ciencia es el pan de la vida como la religión; si la religión no satisface esa necesidad imperiosa de nuestra naturaleza, si, por lo contrario, la cohibe, la religión abdica. Esa es la situación del cristianismo tradicional.

En su tratado de la *concupiscencia* se burla Bossuet acerbamente de los poetas; y no dirige su crítica contra los vanos poetastros, sino contra los que la humanidad reconocida venera como divinos cantores. Complácese en referir las invectivas de Platón contra Homero: "En este filósofo se hallarán una colección de versos en pro y en contra de la verdad y la virtud: el poeta no parece cuidarse de lo que haya de seguirse; y con tal que arranque á su lector el testimonio de que su oído ha sido agradablemente impresionado, cree haber cumplido las reglas de su arte." Bossuet añade una crítica igualmente injusta de Virgilio: "Hace igual ostentación de lo verdadero y de lo falso. Es tan buen epicúreo en una de sus églogas como buen platónico en su poema heroico. Ha halagado al oído; ha ostentado los bellos rasgos de su espíritu, la armonía de sus versos y la vivacidad de sus expresiones: eso basta á la poesía; y él no cree que necesita de la verdad." (1). Pero si es vituperado Virgilio, ¿quién merecerá gracia del cristianismo? Así añade el severo obispo que los poetas cristianos responden al mismo espíritu: "No entra más la religión en el designio y en la composición de sus obras que en las de los paganos." ¿Es ese el pensamiento de la humanidad moderna? ¿Es ese siquiera el pensamiento de los cristianos? Cuando la Iglesia, que se arroga la misión de enseñar, quiere enseñar el arte de lo bello y educar el gusto, ¿no se ve obligada á recurrir á Homero y á Virgilio? Descartad los poetas que no son cristianos en el sentido de Bossuet, y ¿qué quedará? ¡Paráfrasis del catecismo!

Entre las producciones de la poesía, la más elevada y difícil es el teatro; y siempre ha excitado con preferencia las iras de la Iglesia. Esto es tradicional desde los Santos Padres. No defiende

(1) Véase el *Estudio sobre las guerras de religión*.
(2) BOSSUET, *Panegyrique de Sainte Catherine* (t. VII, p. 408); *Traité de la concupiscence*, t. IV, c. VIII, p. 515.

remos la impureza de los espectáculos romanos, ni á los imitadores que encuentra el siglo XIX; pero Esquilo y Sófocles, Terencio y Séneca, Corneille y Racine, Shakspeare y Schiller, ¿deben quedar confundidos con esas innobles exhibiciones? Bossuet vitupera, no el abusc, sino el teatro mismo. "San Juan dice á todos los fieles y á todas las edades: *No amad el mundo ni nada de lo que en el mundo hay, porque todo es en él, ó concupiscencia de la carne ó orgullo de la vida.* En esas palabras se hallan igualmente condenados el mundo y el teatro, que es su imagen. El mundo, con todos sus encantos y todas sus pompas, es lo que se representa en las comedias; y, como en el mundo, todo es en el teatro sensualidad, curiosidad, ostentación, orgullo; y todas estas cosas se hace amar en él, pues que no se piensa sino en hacer que en él se halle placer." El lenguaje de Bossuet es tan estrecho como el de Tertuliano: "Entre esas conmociones, ¿en qué consiste todo el placer de la comedia, quién puede elevar su corazón á Dios? ¿Quién osará decir que está allí por el amor de Dios y para complacerle? ¿Quién no teme en esos locos dolores ahogar en sí el espíritu de oración é interrumpir ese ejercicio que, según la palabra de Jesucristo, debe ser perpetuo en un cristiano? (1). Como se ve, no es el escándalo lo que Bossuet condena; el teatro es siempre un escándalo, sólo por ser la expresión de la vida; que la vida para los verdaderos cristianos no es más que concupiscencia de la carne y orgullo. ¡Qué estrecha concepción! La naturaleza, tal como Dios la ha creado, es lo que en definitiva se maldice. Que los que condenan la vida desertan de ella, nada mejor; pero que no pretendan dirigir la sociedad por el camino de su perfeccionamiento!

IV

No acaba en esto el espiritualismo cristiano ni la irremediable oposición que existe entre la perfección evangélica y las exigencias más legítimas de la sociedad. ¿Tiene la sociedad el derecho de defenderse? Más que derecho tiene el deber, porque el hombre no puede cumplir su destino sino en el estado social. ¿Y cómo se conserva la sociedad?

(1) BOSSUET, *Lettres* 181 (t. XVII, p. 285); *Réflexions sur la comédie* (ibid., p. 304).—Véase el pasaje de Tertuliano en el *Estudio sobre el cristianismo*.

Por la justicia y por las armas. Pues bien, si los cristianos tomaran en serio el espiritualismo evangélico, tendrían que renunciar á las armas y á la justicia. La pretendida perfección del Evangelio desconoce completamente la idea del derecho, como ya lo hemos demostrado en otra parte respecto de los tiempos primitivos, los más bellos tiempos del cristianismo; y tan verdad es que este espiritualismo desordenado es la esencia de la religión tradicional, que la experiencia de los siglos no lo ha corregido: el lenguaje de los doctores escolásticos es siempre el de los santos del desierto. Pregúntanse si es lícito pleitear para reclamar lo que nos pertenece. La cuestión por sí sola es característica; la solución no lo es menos. "Los débiles pueden hacerlo, los perfectos no; no reclamar es un consejo para los unos, un precepto para los otros," (1). ¿Qué significa esto? ¿No es la perfección nuestro ideal? ¿No es nuestro deber aspirar á ser perfectos? El ideal cristiano es, pues, que no haya justicia.

Pasó la edad media, y la Reforma, inconsecuente por esencia, hizo del espiritualismo evangélico, no ya un consejo, sino un precepto dirigido á todos los discípulos del Cristo. ¡Así habría de estar la sociedad sin justicia! Los reformados abandonaron estas exageraciones, pero desertando del cristianismo tradicional. Esto no es permitido á los católicos; y así se obstinan en su espiritualismo insensato. Vamos á oír á uno de los espíritus más moderados: San Francisco de Sales guarda ya contemplaciones al espíritu del siglo; pero en lo que llama los *consejos evangélicos*, es intratable. "Jesucristo era el Señor del mundo: ¿pleiteó jamás para tener siquiera donde reclinar su cabeza? Se le hicieron mil injusticias: ¿qué proceso formó jamás? Ni aun quiso citar á los traidores que le crucificaron ante el tribunal de la justicia de Dios; lejos de eso, invocó en su favor la autoridad de la misericordia... Yo no soy en manera alguna supersticioso, y no vitupero á los que pleitean; pero digo, exclamation, escribo, y, si fuera necesario, escribiría con mi propia sangre, que quien quiera ser perfecto y enteramente hijo de Jesucristo crucificado debe practicar esta doctrina de Nuestro Señor. Que perezca el mundo, que la prudencia de la carne se

(1) ALEXANDRE DE SALES, *Summa theologiae* (Op., t. III, página 437).

tire de los cabellos de despecho, si quiere, y que todos los sabios del siglo inventen cuantas divisiones, pretextos y excusas les plazca, siempre deberá ser preferida á toda prudencia esta máxima: *¿A quien te quiera quitar en juicio tu túnica, dale tu capa.*"

Razón tiene de sobra Francisco de Sales; pero ¿es verdad que no impliquen sus palabras más que un consejo, como dicen los católicos? Contra ellos se vuelve el testimonio de los mismo textos que invocan. Nuestro obispo prosigue: "San Pablo escribe á los Corintios: *En verdad ya hay totalmente y sin duda falta y culpa en vosotros, porque todos sostenéis pleitos.* El apóstol añade: *¿Por qué no sufris más bien que se os defraude?* Notad que habla á todos los Corintios," (1). Francisco de Sales es quien hace esta observación, que destruye todo lo que dice respecto del alcance de las máximas evangélicas. ¿Aspiraban acaso todos los Corintios á la perfección? Pues, sin embargo, acrimina San Pablo á todos los Corintios porque pleitean: las máximas evangélicas se dirigen, pues, á todos los cristianos, y todos deben seguirlas. Y si todos los cristianos las siguieran, ¿qué sería de la justicia? No habría necesidad de ella, se dirá. Si estuviéramos en el séptimo cielo, ciertamente; pero estamos en la tierra, somos seres imperfectos, aunque aspirantes á la perfección, y la justicia es, por tanto, una necesidad de nuestra naturaleza. La religión que destruye la idea del derecho no está hecha para la sociedad, no es buena más que para los monjes; y todavía nos ha enseñado una experiencia secular que los que se pretendían perfectos no la practicaban, por la sencilla razón de que es impracticable. ¿Qué magnífico ideal el que no tiene en cuenta nuestra naturaleza!

Hay otra especie de justicia en el mundo que es igualmente necesaria é igualmente contraria á las enseñanzas del Evangelio. Ya hemos dicho más de una vez que si se hubiera de tomar en serio la doctrina predicada por Jesucristo, habría que condenar la guerra, aun la más justa, hasta la guerra defensiva (2). Agitóse en el siglo XVII una cuestión que con ésta se relaciona. Las guerras, á Dios gracias, no nos han faltado después de la venida del *príncipe de la paz*, y no ha dejado de excitar á

ellas la Iglesia, su esposa. ¿Cómo se portarán en la guerra los cristianos sinceros? se pregunta un filósofo, cristiano en apariencia, en el fondo libre pensador. Bayle dice que los principios del Evangelio enervan el valor, que inspiran horror á la sangre y á todas las violencias de la guerra. Se le respondió que no había naciones más belicosas que las que profesan el cristianismo. Este es un argumento favorito de los defensores de la Iglesia, que atribuyen á la religión cristiana todos los beneficios de nuestra civilización, sin averiguar si esta civilización se ha desarrollado á pesar de la religión por influencias de raza y de doctrina que le son extrañas ó hostiles. Oigamos la crítica terrible de Bayle:

"Lamentable respuesta, porque no sirve sino para mostrar que los cristianos no viven según sus principios, cuando, para responder bien, sería preciso decir que, siguiendo el espíritu de sus principios, los cristianos deben ser buenos soldados. Ahora bien, ¿qué se entiende por un hombre valeroso? El hombre que es muy delicado en el punto de honor, que no puede tolerar la menor injusticia, que se venga con brío de la menor ofensa que se le infiere, que ama la guerra, que busca las ocasiones más peligrosas para bañar sus manos en la sangre de sus enemigos, que tiene ambición y quiere elevarse por cima de los demás. Preciso sería haber perdido el sentido para decir que los consejos y los preceptos de Jesucristo inspiran ese espíritu, porque es notorio para cuantos conocen los primeros rudimentos de la religión cristiana que nada nos recomienda ésta tanto como sufrir las injurias, ser humildes, amar á nuestro prójimo, procurar la paz, volver bien por mal, abstenernos de todo cuanto parezca violencia. Desafío á todos los hombres del mundo, por expertos que puedan ser en el arte militar, á que hagan buenos soldados de un ejército en que no hubiese más que cristianos resueltos á seguir puntualmente esas máximas. Es, pues, verdad que el espíritu de nuestra santa religión no nos hace belicosos, y, sin embargo, no hay en la tierra naciones más belicosas que las que profesan el cristianismo." Resulta demostrada una vez más la radical oposición entre el dogma y la vida. ¿Qué conclusión deduce de aquí el malicioso pensador? "Yo hallo en esto, dice, una razón bien convincente para probar que no se siguen en el mundo los principios de su religión, pues que se observa que los

(1) *Lettres* de SAINT FRANÇOIS DE SALES, t. VI, p. 149-151.

(2) Véase el *Estudio sobre las guerras de religión*.